

ESTRUCTURALISMO, NEOESTRUCTURALISMO, LA HISTORIA: LA POSTURA DE MICHEL FOUCAULT

LIC. CRISTINA LÓPEZ

Introducción

Desde su aparición bajo la forma de una metodología eficaz, el estructuralismo se presenta como una estrategia destinada a impugnar los principios fundamentales del pensamiento moderno. Entre estos principios, el concepto de historicidad ha sido objeto de las más agudas críticas y de los más encarnizados intentos de de-construcción. En este sentido la noción misma de estructura —pensada en términos foucaultianos como sistema de simultaneidad— representa la efectiva renuncia a concebir la historia como devenir continuo y teleológico. Sin embargo, contrariamente a lo que sostienen tanto los partidarios de la historia continua como los propios estructuralistas, la prescindencia del análisis de la dimensión diacrónica no implica la salida de la historia. En efecto, uno de los objetivos de esta comunicación es mostrar el radical historicismo que afecta —en virtud del primado del postulado de la discontinuidad— a las investigaciones estructuralistas empujándolas hasta el límite de su coherencia y consistencia teórica. Ahora bien, a nuestro juicio este historicismo, con la carga de relativismo que conlleva, propicia una reflexión metodológica de paradójicas consecuencias. De hecho, como es nuestra intención demostrar, esta reflexión se convierte, al mismo tiempo, en cifra de la disolución de las aspiraciones del estructuralismo y en fundamento epistemológico del pensamiento posmoderno. En verdad, lo paradójico es que, queriendo desprenderse de la historia, el estructuralismo y el neo-estructuralismo desemboquen en un intento de formular una teoría de la historia —tal es el caso de Michel Foucault— como único recurso de fundamentación de sus investigaciones. Pero, y consumando la sucesión de paradojas enunciadas, estructuralismo y neo-estructuralismo alcanzarán su objetivo sólo a condición de neutralizar

absolutamente tiempo e historicidad. De allí el presentismo que afecta a todas estas teorías.

1. Genealogía del estructuralismo. El curso de lingüística general de Ferdinand de Saussure

Las categorías elementales del estructuralismo sus postulados fundamentales y su orientación metodológica básica han sido elaborados en conformidad con los principios de la lingüística enunciados por Saussure en el *Curso de lingüística general*. En efecto, la noción misma de estructura —concepto operativo fundamental del estructuralismo clásico—, el carácter pasivo atribuido al sujeto, la distinción del eje sincrónico y diacrónico, la aplicación de un método de diferenciación y oposición binaria son consecuencia de la transposición de los resultados del celebre curso. Pero, en forma algo indiscriminada, junto con los hallazgos teóricos, el estructuralismo incorporará las dificultades epistemológicas más notorias de la lingüística.

Según el análisis de Saussure, el fenómeno lingüístico presenta dos caras o aspectos diferentes aunque, en cierta forma, complementarios. Se trata de la distinción entre el nivel de la lengua y el nivel del habla, a través del cual la lengua se realiza. La lengua, verdadero objeto de la lingüística, es un sistema de signos de carácter social y abstracto. El habla, en cambio, es del orden del acontecimiento individual y concreto. Así, mientras que el habla representa el conjunto de todas las manifestaciones lingüísticas individuales, la lengua actúa como norma que rige todas estas manifestaciones. Por otra parte, como el acto de habla se produce siempre en un estadio determinado de la lengua, la regulación es ejercida sincrónicamente. En efecto, la lengua constituye la sistematización de la relación entre elementos coexistentes o simultáneos; desde este punto de vista, puede entonces ser definida como un sistema de simultaneidad. Ahora bien, a juicio de Saussure, este aspecto del lenguaje es un producto que el individuo registra pasivamente sin poder crearlo ni modificarlo. En este sentido el vector sistemático no requiere la premeditación ni la reflexión del sujeto. Expresamente Saussure reconoce que la lengua no es una función del sujeto hablante. Desde este punto de vista, el acto individual de voluntad e inteligencia llevado a cabo por el sujeto al hablar consiste sólo en la habilidad psicofísica para combinar los distintos elementos del código.

Por otra parte, este juego de diferenciación y oposición se reproduce a nivel del signo —principio básico de la lingüística saussureana—. En efecto, para el autor del Curso, el signo lingüístico es también una entidad doble compuesta por un significado o concepto y un significante que no es sino la imagen acústica a través de la cual se materializa el concepto. En verdad, la relación entre ambos niveles constituye, por varias razones, la adquisición teórica más novedosa de la lingüística saussureana. En efecto, en este planteo, el significado o concepto no es sino un efecto del significante o imagen acústica. De acuerdo a esta teoría, los signos se distinguen por sus manifestaciones materiales. En este sentido, como apunta Manfred Frank¹, la tesis de Saussure invierte la formulación metafísica tradicional para la cual el aspecto fónico del signo es la representación de su aspecto inteligible o conceptual. De lo expuesto se deduce que, a pesar de ser claramente diferenciables, los elementos componentes del signo están íntimamente ligados y se reclaman recíprocamente. Reconociendo este nexo, Saussure no deja de enfatizar, no obstante, su carácter arbitrario. Nada hay en el significante que lo convierta en el vehículo adecuado para determinado concepto. Pero, una vez que sonido y pensar se articulan en el signo, la materialidad del significante constituye el sentido. No hay instancia previa a este momento de identificación. Es en este sentido que Saussure, contra las tesis sustancialistas, sostiene el carácter formal de la lengua. Finalmente, Saussure subraya el carácter lineal que, en virtud de su naturaleza fónica, le corresponde al significante. Este recibe del tiempo sus principales atributos: extensión, mensurabilidad, unidimensionalidad. Todo el mecanismo de la lengua depende, a juicio de Saussure, de esta asimilación del significante a las leyes de la temporación.

Fuera del tiempo, entonces, la realidad lingüística no es completa, pero en el tiempo, el signo exhibe su radical ambigüedad. Ciertamente, si los individuos son incapaces de modificar la lengua y el objeto de la lingüística es el sistema, es decir, un estado afianzado de la misma consagrado por la tradición, el signo resulta inmutable. Pero, el tiempo que —vía tradición— asegura la continuidad de la lengua, opera también asociado con la arbitrariedad como principio de alteración, que al provocar un desplazamiento de la relación entre el significado y el significante, convierte al signo en una entidad mutable. El factor tiempo constituye, entonces, por una parte, la condición de posibilidad de la lengua y el

¹ Frank, Manfred, *Qu'est-ce que le neo-structuralisme?*, Paris, Cerf., 1989, p. 27.

habla pero, por otra, representa un serio obstáculo a enfrentar por la lingüística. De hecho, reconociendo las dificultades de la disciplina para enfrentar la discontinuidad y con cierta resignación, Saussure afirma que aunque "Las causas de la continuidad están *a priori* al alcance del observador, no pasa lo mismo con las causas de la alteración a través del tiempo. Vale más renunciar provisionalmente a dar cuenta cabal de ellas y limitarse a hablar en general del desplazamiento de relaciones; el tiempo altera todas las cosas ..."². Con el objeto de enfrentar esta dificultad, Saussure propone dividir a la disciplina en dos áreas: una destinada al estudio del eje de la simultaneidad en que el factor tiempo no interviene, la otra, denominada lingüística evolutiva, abocada al análisis de los acontecimientos que se producen en el eje de sucesión. Sin embargo, los cambios, las transformaciones, exigen un análisis de tipo diacrónico absolutamente no sistematizable. En efecto, los hechos que describe la lingüística evolutiva no parecen obedecer a ningún tipo de regularidad. Por el contrario, los sucesos diacrónicos tienen siempre un carácter accidental y particular. Precisamente la condición de no formalizables o teorizables de los resultados del análisis diacrónico delata las dificultades de la lingüística para dar cuentas de la movilidad histórica. En efecto, aunque la distinción entre eje sincrónico y diacrónico no debe ser identificada sin más con la oposición entre explicación sistemática y comprensión histórica, las precisiones de Saussure respecto del eje diacrónico parecen invalidar toda tentativa de fundamentación teórica del devenir. Los hechos sincrónicos en cambio, presentan cierta regularidad que permite sistematizarlos. De todos modos, la ley sincrónica no deja de ser una descripción de un estado de cosas definido pero precario. En virtud de ello, la lingüística aún considerada sólo en su faz estática o sincrónica es una disciplina cuya pretensión de cientificidad se limita a dar cuenta de lo dado. En este sentido, al estructuralismo y neoestructuralismo les estará reservada la tarea de dar estatuto epistemológico a estas teorías de carácter meramente descriptivo.

2. Los aportes del estructuralismo metodológico

Ahora bien, la denominación estructuralismo abarca un espectro demasiado amplio de pensadores y planteos. Un principio de síntesis de esta diversidad lo constituye, como señala Piaget, el ideal de inteligibili-

² de Saussure, Ferdinand, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 26 ed., 1994, trad. Amado Alonso, p. 102.

dad que parece motivar la aplicación de un modelo de análisis tal como la estructura. En efecto, el recurso a un modelo autosuficiente, garantizaría una aproximación más efectiva al fenómeno investigado al mismo tiempo que eximiría al investigador de su dependencia respecto de otros recursos y sobre todo respecto de una subjetividad fundadora y constituyente. En este sentido, el estructuralismo representaría la renuncia, al menos desde un punto de vista metodológico, a toda explicación de carácter trascendental. Precisamente, metodológicamente considerada, la estructura no es sino un modelo de fines explicativos de organización de la realidad. Esta especie de modelo se comporta como la lengua respecto del habla en la lingüística, es decir, opera como un sistema que permite inteligir la relación de los elementos que la componen y descubrir la regularidad que los mantiene unidos. Al igual que la lengua, la estructura es una entidad que sólo adquiere realidad en virtud de su función. Visto desde este ángulo, como señala Umberto Eco³, el estructuralismo es fundamentalmente un método utilizado como un procedimiento operativo destinado a convertir, experiencias heterogéneas en razones homogéneas. Conforme a esto, la entidad de la estructura se reduciría al nivel de un modelo, una suerte de "... elaboración metalingüística que nos permite hablar de fenómenos de otro orden en términos de sistemas de signos"⁴. Metodológicamente considerada, la estructura es un modelo que actúa como instrumento útil. Sin embargo, como bien señala Eco, precisamente en virtud de la eficacia metodológica que presenta la estructura, no serán pocos los autores que pretenden convertirla en una entidad de realidad objetiva y estable. En verdad, como veremos, los propios caracteres que definen a la estructura parecen propiciar este pasaje de toda postura estructuralista de una perspectiva metodológica a una concepción ontológica.

En relación con el ideal de inteligibilidad y, desde una perspectiva metodológica, el estructuralismo postula la transportabilidad de la estructura, esto es, la aplicación y transposición de un sistema a otras áreas. Es el caso de la utilización que el propio estructuralismo hace de los resultados de la lingüística al aplicarlos, por ejemplo, al ámbito de la antropología haciendo inteligibles las relaciones de parentesco. La transportabilidad de las estructuras se funda en el hecho de que la relación

³ Eco, Umberto, *La estructura ausente — introducción a la semiótica*, Madrid, Lumen, 1994, p. 344-47.

⁴ Ibid. p. 344.

entre los elementos que componen cada sistema son concebidos en términos de identidad y diferencia. En realidad, el postulado de la transportabilidad de la estructura esconde un proyecto más ambicioso que el de la compatibilización de sistemas. En efecto, la aspiración fundamental de esta corriente metodológica es la formulación de un sistema de reglas que al prescribir la equivalencia entre sistemas diferentes se comporte como un sistema de sistemas. Epistemológicamente, la transportabilidad de la estructura, como destaca Edgardo Castro, "... en cuanto suministra un método aplicable independientemente de la naturaleza de los fenómenos estudiados [...], permite la unificación [...] de las ciencias humanas"⁵. Precisamente, otra aspiración que parece aunar los intereses del estructuralismo es la posibilidad de fundamentar las siempre discutibles y epistemológicamente endebles ciencias humanas, como señala M. Godelier⁶: "En definitive la possibilité des 'sciences' de l'homme reposerait sur la possibilité de découvrir des lois de fonctionnement, d'évolution et de correspondance interne des structures sociales ... donc sur la généralisation de la méthode d'analyse structurale devenue capable d'expliquer les conditions de variation et d'évolution des structures et de leurs fonctions". De hecho, la fecundidad metodológica del estructuralismo depende en buena medida de la concreción de esta aspiración. Pero, mas allá del rigor metodológico que la aplicación de la estructura le conferiría a las ciencias humanas, la cuestión de la transportabilidad conduce al estructuralismo a plantearse la posibilidad de una racionalización lógica de la realidad toda.

Ahora bien, ¿en qué concepto de estructura se fundamentan estas aspiraciones? ¿Qué es la estructura: un modelo instrumental, un producto del espíritu, al resultado de una actividad inconsciente? ¿Cuáles son los caracteres que le confieren a la estructura estas posibilidades?

Según Piaget, "... une structure est un système de transformations, qui comporte des lois en tant que système (par opposition aux propriétés des éléments) et qui se conserve ou s'enrichit par le jeu même de ses transformations, sans que celles-ci aboutissent en dehors de ses frontières ou fasse appel à des éléments extérieurs. En un mot, une structure

⁵ Castro, Edgardo, *Pensar a Foucault —interrogantes filosóficos de 'La arqueología del saber'*, Buenos Aires, Biblos, 1995, p. 164.

⁶ Godelier, M., "Système, structure et contradiction dans le Capital", *Les temps modernes*, 1966, Nro. 55, p. 564.

comprend ainsi les trois caractères de totalité, de transformations et de autoréglage”⁷.

En su aparente sencillez, la definición de Piaget es lo suficientemente ambigua como para obligarnos a analizar desde el principio algo que ella no aborda: la entidad de la estructura. En efecto, a primera vista, y considerada como “sistema de transformaciones”, la estructura es un recurso metodológico. Sin embargo, la objetividad preponderante en la definición que convierte a la estructura en una especie de entidad autónoma sumada a la especificación de cada una de las características atribuidas, permiten sospechar cierta tendencia a ontologizar. Tendencia que se confirma cuando, renglones más abajo, leemos que el teórico “descubre la estructura”, que “su existencia es independiente de él”, que “... le mode d’existence de la structure qu’il découvre est à préciser en chaque domaine particulier de recherches”⁸. En suma, la definición de Piaget revela la tentación de pasar de un modelo operativo eficaz a una perspectiva ontológica que anida en toda postura estructuralista y que, en tanto no es analizada teóricamente, constituye un supuesto que conspira contra las efectivas posibilidades epistemológicas del método.

Por otra parte, cada una de las características que Piaget atribuye a la estructura no hacen sino desenmascarar las dificultades más graves que enfrenta la perspectiva: la imposibilidad de explicar autónomamente, esto es sin recurrir a una perspectiva genética, el proceso de formación y modificación de la estructura misma. Piaget, a diferencia de los estructuralistas a ultranza que eluden la cuestión decretando su impertinencia, se arriesga a plantearla sabiendo que, al hacerlo, convierte a las características de la estructura en la impugnación de la autonomía e inteligibilidad del método. La cuestión subyacente aquí es determinar cómo puede superar el estructuralismo el problema de la génesis de la estructura. En definitiva, es el problema mismo de la historicidad el que aflora al definir la estructura. Al respecto, como veremos, el estructuralismo adoptará estrategias distintas. En efecto, en la medida en que evoluciona hacia una postura radicalmente anti-metafísica y hacia una concepción de estructura abierta, el estructuralismo ha de oscilar entre la exigencia de demostrar la indeterminación genética de toda estructuración (Lévi-Strauss) y la formulación de una teoría de la historia sobre la base de una teoría del discurso (Foucault).

⁷ Piaget, Jean; *Le structuralisme*, Paris, 1968, PUF, p. 7.

⁸ *Ibid.*

El carácter de totalidad que, como señala Piaget, es inherente al concepto mismo de estructura, implica la cohesión y subordinación de los elementos que la componen. Cada elemento adquiere inteligibilidad y, en cierto sentido, entidad en relación a la estructura misma. En este sentido, Piaget observa que las leyes de composición no implican simple acumulación sino verdadero sistema de relaciones. Enfatizar el aspecto relacional de la estructura evita la indefinición respecto de la aprioridad del todo o la parte. Pero, sin embargo no resuelve lo que Piaget considera "... le problème central de tout structuralisme: les totalités par composition sont-elles composées par de tout temps mais comment ou par qui où sont elles d'abord ...?"⁹

En verdad, si la estructura es un "sistema de transformaciones", las leyes de composición han de poder explicar por sí mismas tanto la estructuración como la "desestructuración". Sin embargo, como puede observarse en Saussure y como se desprende del planteo de M. Foucault, las leyes de composición son meramente descriptivas. No explican la fuente del cambio, la determinación de los fenómenos a configurarse de tal o cual manera. No se trata de reactualizar una cuestión que el estructuralismo viene a superar. En efecto no es el "origen" lo que está en juego aquí sino la explicación misma del sistema. Cuestión ineludible cuando de método e inteligibilidad se trata.

Finalmente, el carácter de autorregulación supone tanto la conservación como el cierre y autointeligibilidad de la estructura. En efecto, en pos de su propia conservación, el sistema tiende siempre a equilibrarse. De modo que toda transformación es "automáticamente" neutralizada, esto es, regularizada por el propio sistema. En cierto sentido, es el problema del cambio o desplazamiento el que se plantea aquí. La pregunta a formular, entonces, es ¿cuándo y cómo se satura una estructura? Interrogante que, como veremos, no puede ser abordado desde una concepción de estructura cerrada. Valga como ejemplo, la imposibilidad de Foucault para explicar en *Les mots et les choses* la aparición y desaparición de las distintas epistemes.

⁹ *Ibid.*, p. 10.

3. Del estructuralismo como método al estructuralismo como filosofía

Las apreciaciones de Piaget permiten caracterizar adecuadamente los supuestos y dificultades propios del estructuralismo clásico y metodológico. En efecto, con visión sumamente crítica, Piaget subraya que, en la medida en que se adopta la metodología estructuralista, se tiende a desvalorizar la génesis, la historia y la función del sujeto. La exigencia de inteligibilidad privilegiada por el estructuralismo conduce a la descripción de una totalidad, de una forma o de una función organizada según una legalidad interna en la que los elementos sólo tienen sentido en correlación u oposición con la totalidad. Precisamente, esta referencia de toda explicación y sentido a una totalidad finita es lo que convierte al estructuralismo en un historicismo en el cual la norma queda reducida a facticidad histórica. De hecho, desde la óptica de una perspectiva genética con aspiraciones a una verdad omnitemporal y a una universalidad absoluta, esta remisión a una totalidad histórica que obliga a fundar la normatividad en una factualidad no puede sino desembocar en un relativismo y escepticismo difícilmente superables.

Ahora bien, como advierte Umberto Eco, "el estructuralismo además de un método es también una filosofía [...], por lo tanto hay que abordar el problema del fundamento epistemológico del método"¹⁰. El caso de Lévi-Strauss es, a este respecto, paradigmático. En efecto, en su obra se advierte un desplazamiento desde una perspectiva resueltamente metodológica hacia una concepción que podría considerarse filosófica. Este desplazamiento está ligado a la postulación de un pensamiento objetivo y a cierta oscilación entre una postura ontologizante y la superación del modelo de estructura cerrada. En sus primeras obras, Claude Lévi-Strauss adopta el modelo estructural como método explicativo o procedimiento operativo apto para hacer inteligibles los sistemas de parentesco, la significación de los mitos, el código de pensamiento "primitivo". Este enfoque supone el carácter no sustancial, meramente formal y lingüístico de los fenómenos analizados. Estos serán considerados como valores o funciones de un sistema de puras relaciones de diferenciación y oposición.

Ahora bien, en la medida en que el investigador individualiza, por debajo de la diversidad y la atomización de los fenómenos, estructuras o sistemas de regulación eficientes, la tentación a considerarlos realidades

¹⁰ Eco, Umberto, *op. cit.*, p. 343.

objetivas, estables, independientes se acrecienta. De allí que el etnógrafo termine por convencerse de que el empleo de estos modelos abstractos ha de conducirlo a descubrir la estructura subyacente a las diversas relaciones concretas. Planteado en estos términos, el proyecto parece sugerir que el rendimiento metodológico del modelo está asociado a la existencia efectiva de las estructuras analizadas. En síntesis, la cuestión sería "... los modelos, elaborados como universales, funcionan universalmente, por lo tanto reflejan una substancia universal que los garantiza"¹¹. Se advierte en este pseudo-razonamiento una concepción sustancialista que supone una realidad oculta por debajo de los fenómenos estudiados.

Por otra parte, y en relación con esta ontologización de la estructura, Lévi-Strauss se propone demostrar, a través de un procedimiento deductivo, la existencia de mecanismos universales de pensamiento. En efecto, sus investigaciones parecen encaminadas a postular un pensamiento objetivo que actúa como fundamento o principio combinatorio universal rector de todos los códigos. Precisamente, el descubrimiento de una especie de isomorfismo entre las leyes del pensamiento del investigador y el investigado le permite concluir afirmando la existencia de una suerte de "espíritu humano" o "inconsciente". Son, entonces, estos mecanismos universales de la mente los que, finalmente, se constituirán en la sólida garantía del método. Así en *Lo crudo y lo cocido*, el autor afirma que "La estructura estratificada del mito ... permite ver en él una matriz de significaciones ordenadas en líneas y en columnas en las que, sea cuál fuere el punto en que se efectúa la lectura, cada plano se refiere a otro plano.

Análogamente, cada matriz de significaciones remiten a otra matriz, cada mito a otro mito. Y si preguntamos a qué significado último remiten todas estas significaciones recíprocas, que todas ellas juntas se han de referir a algo, la única respuesta que este libro sugiere es que los mitos significan el espíritu, el cual los elabora por medio del mundo del cual ellos mismos forman parte. Así, se pueden generar simultáneamente, ya los propios mitos, por obra del espíritu que los origina, ya —por medio de ellos— una imagen del mundo inscrita en la arquitectura del espíritu"¹². El paso del método a la ontología concluye, entonces, con la presentación de las estructuras mentales inconscientes como realidad subyacente o matriz última de toda significación. De modo que, más que un método, Lévi-Strauss pretende haber descubierto una lógica objetiva que

¹¹ *Ibid.*, p. 349.

¹² Lévi-Strauss, Claude, *Lo crudo y lo cocido*, México, FCE, 1964, p. 334.

refleja las leyes estructurales universales. Paradójicamente, la máxima aspiración del método —la racionalización absoluta de la realidad— se alcanzaría con el abandono del método, es decir, con su conversión en doctrina.

El postulado del pensamiento objetivo o espíritu universal implica, por lo tanto, la formulación de condiciones meta-históricas y meta-sociales como fundamento de toda actividad estructurante. De allí, su dificultad para dar cuenta de aquellos fenómenos que ponen en juego el desarrollo histórico. Esto se percibe con claridad al analizar la forma de los mitos. Estos, tal como lo especifica Lévi-Strauss¹³, al mismo tiempo que pertenecen al orden del sistema, son acontecimientos del habla. En este sentido, los mitos y su análisis ponen en juego dos concepciones temporales. De hecho, considerados como acontecimientos en el orden del habla, el análisis revela la linealidad sucesiva de la serie de los signos que los componen y el índice temporal irreversible de que está munido el significante. Pero, considerados como elementos de una estructura, y en tanto la matriz que los genera es atemporal, resultan totalmente reversibles.

Sincronía y diacronía se articulan en los diversos niveles de constitución de la estructura postulada por Lévi-Strauss. Sin embargo, en tanto sus investigaciones se orientan hacia la búsqueda de principios de carácter universal, el orden de lo diacrónico resulta siempre sometido en beneficio del sistema. La historicidad propia de los mitos entra en pugna así con la ahistoricidad propia de la matriz que los produce. El giro ontológico libera a las investigaciones de Lévi-Strauss de las consecuencias indeseables del método. En efecto, el postulado del espíritu universal de carácter ahistórico le permite esquivar el obstáculo historicista que amenaza al estructuralismo, pero sólo para condenarlo a una sincronía insostenible. De hecho, el concepto de matriz como acontecimiento ahistórico no alcanza a resolver el problema de la aparición y transformación de las estructuras. De allí que el pensamiento de Lévi-Strauss evolucione hacia el planteamiento de una estructura estratificada.

4. Del estructuralismo clásico al neoestructuralismo

En verdad, el concepto de estructura articulada en diversos órdenes de constitución que Lévi-Strauss toma de Benveniste no es sino el primer

¹³ Lévi-Strauss, C., *Antropologie Structurale*, Paris, Plon, 1958, p. 230-31.

paso de una transformación más profunda. A partir de *Mitológicas* se advierte en Lévi-Strauss un nuevo desplazamiento: tanto en "Overture" como en "Finale" se insinúa la aparición de un pensamiento que representa —según las expresiones de Derrida— al mismo tiempo lo impensable mismo¹⁴ y el fracaso del diseño estructuralista¹⁵. En ambos textos, Lévi-Strauss pone en duda la existencia de un centro organizador de la estructura hacia el cual convergerían los mitos y desde el cual se los originaría. La noción de matriz tiende, entonces, a disolverse arrastrando consigo, la concepción unitaria, totalista y cerrada de la estructura.

Emerge así el postulado de la apertura del concepto de estructura que, en cierta forma, pone fin al estructuralismo pero reaviva la hostilidad hacia la metafísica. Ciertamente, a pesar de todas las transformaciones que supone, el concepto de estructura cerrada mantiene, en virtud de la inmovilidad y trascendentalidad del centro, cierta complicidad con la metafísica tradicional. El concepto de estructura abierta implica, por el contrario la ruptura con la metafísica y la reformulación de los principios básicos del estructuralismo clásico. De hecho, la idea misma de apertura de la estructura constituye el umbral de una nueva configuración del pensar. En este sentido, el neo-estructuralismo puede ser interpretado como el acontecimiento fundador de una episteme definida por una relación crítica con la modernidad. Desde este punto de vista, la posmodernidad ha de concretarse con la realización de una doble tarea la destrucción del pensamiento metafísico y la "fundamentación epistemológica" de la apertura o de-centramiento de la estructura. La primera de las tareas enunciadas es llevada a cabo por pensadores como Nietzsche y Heidegger y los propios neo-estructuralistas en la medida en que en sus planteos se produce la de-construcción de la metafísica. La segunda de las tareas se inicia cuando, como señala Derrida¹⁶, comienza a pensarse la estructuralidad de la estructura.

Lo primero que se descubre al tomar a la estructura como objeto de análisis es la imposibilidad e impensabilidad misma del centro de la estructura. En efecto, una flagrante contradicción sale a la luz cuando se pretende pensar el centro —que por definición es uno e implica el

¹⁴ Derrida, Jacques, "La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas" en *Dos ensayos*, Barcelona, Anagrama, 1972, Trad. Eugenio Trías, p. 10.

¹⁵ Derrida, Jacques, "'Génesis y estructura' y la fenomenología" en *Las nociones de estructura y génesis*, tomo 1: *Proceso y estructura. Filosofía, Fenomenología y Psicoanálisis*, Bs. As., Nueva Visión, 1975, p. 135.

¹⁶ Derrida, J., "La estructura, el signo ...", *op. cit.*, p. 12.

punto de cristalización de las relaciones entre elementos— en conjunción con la estructura definida como sistema de transformaciones. De allí que Lévi-Strauss postule que no hay unidad ni fuente absoluta del mito. Este no puede tener sujeto ni centro absoluto. Incluso el recurso metodológico a un mito de referencia resulta impugnado cuando se advierte que todo su interés proviene de su posición irregular y no de su carácter arquetípico. La supuesta unidad del mito es siempre producto de una proyección tendencial.

Todo comienza por la estructura, o debiéramos decir, por la estructuración o configuración de la relación. No hay unidad previa ni posterior al acontecimiento de estructuración. Al perder su centro, la estructura ve disolverse sus contornos. La unidad o cierre no son condiciones ontológicas de la estructura sino productos de exigencias metodológicas específicas. Postular la apertura de la estructura implica, entonces, renunciar a una concepción ontológica. En efecto, a partir de aquí, la cuestión de la existencia u objetividad de la estructura queda anulada. En verdad, la apertura de la estructura conduce necesariamente a la autodestrucción ontológica de la misma.

Por otra parte, al eliminar el concepto de matriz originaria, toda explicación genética carece de sentido. La estructuración implica siempre una irrupción y una ruptura que no pueden ser analizadas en términos causales, evolutivos o genéticos. El azar y la discontinuidad reemplazan, entonces, a las categorías explicativas y corroboran la indeterminación genética de toda estructuración. De hecho, a juicio de Derrida, "... el respeto de la estructuralidad, de la originalidad interna de la estructura obliga a neutralizar el tiempo y la historia"¹⁷. Ahora bien, propugnar la neutralización del tiempo y la historia implica asumir la imposibilidad de resolver la tensión entre historicismo y ahistoricidad generada por la concepción clásica de estructura. Víctima del prejuicio que asocia la historicidad con la metafísica de la presencia, Lévi-Strauss renuncia a hacer inteligible el eje diacrónico. De suerte que, el postulado de la estructura abierta arruina el sistema pero no resuelve las dificultades que aquel planteaba. En efecto, la desaparición del centro y el predominio del historicismo y el empirismo que este acontecimiento trae aparejado obliga a plantear el estatuto epistemológico de las investigaciones neoestructuralistas. La cuestión a enfrentar aquí puede sintetizarse en los siguientes términos: si el centro de la estructura operó como fundamento

¹⁷ *Ibid.*, p. 33.

de organización, coherencia y racionalidad del sistema, la pérdida de este eje, ¿condena a renunciar a toda aspiración filosófica o impulsa a plantear una nueva crítica de la razón?

Sin perder la fascinación por el discurso neo-estructuralista, Derrida es quien ve con mayor claridad los límites de la encrucijada en que desemboca este planteo. En efecto, con franqueza reconoce que el postulado de estructura abierta implica la renuncia a la concepción tradicional de filosofía pero no la claudicación absoluta de la intención teórica. Sin embargo, una reflexión metodológica coherente no podría dejar de mostrar que el discurso neo-estructuralista termina por adoptar la forma de aquello de lo que habla. Así, en el caso de Lévi-Strauss es posible advertir la tensión que desdobra su discurso manteniéndolo oscilante entre una aspiración mitológica y una concreción mitomorfa. Ahora bien, el problema epistemológico no se resuelve encausando el discurso por la senda de alguno de los extremos. Por el contrario, la tensión y oscilación denunciada le es a tal punto inherente que, pensando sólo desde alguno de sus extremos, el discurso se desgarraría en una serie de paradojas insuperables. En efecto, si renunciara a toda exigencia lógica, el discurso sobre los mitos perdería el estatuto epistemológico que lo convierte en un saber sobre los mitos. Sus conceptos y la propia metodología carecerían de todo valor normativo. Pero si, renunciando a su aspecto o arquitectura mitomorfa, este discurso pretendiera abordar el problema de su propio estatuto en términos absolutos desembocaría en proposiciones totalmente contradictorias. El historicismo a que lo ha conducido el postulado de la indeterminación genética y el empirismo que, en virtud de ello, afecta a sus conceptos impide todo abordaje pensado en términos de totalización o formalización. En efecto, enmarcado en los límites del historicismo, ninguna investigación puede postular resultados definitivos. Del mismo modo, asfixiada por la carga empírica de sus conceptos, ninguna investigación —por exhaustiva que se pretenda— puede ser totalizada. De hecho, bajo estas condiciones, toda investigación debe ser presentada como resultado incompleto y precario destinado a ser modificado o actualizado continuamente. En suma, el objeto mismo de estos análisis y la perspectiva desde la cual se lo aborda excluye toda totalización o sistematización absoluta. La inestabilidad teórica que los afecta no obedece, entonces, a la falta de rigor en la reflexión epistemológica sino que es la natural consecuencia de los postulados sostenidos.

5. La postura de Michel Foucault

Sin reconocer jamás su proximidad con el estructuralismo ni siquiera con el neo-estructuralismo, Foucault recorrerá en la década del '60 un camino similar al trazado por Lévi-Strauss. De hecho, desde la *Historie de la folie à l'âge classique*, Foucault parece practicar lo que Piaget denomina "un estructuralismo sin estructuras". Sin embargo, habrá que esperar sus textos posteriores para que el acercamiento se haga explícito.

A lo largo de *Les mots et les choses*, Foucault mantiene respecto del estructuralismo una posición sumamente ambigua puesto que por momentos lo considera —junto a la analítica de la finitud— parte integrante de la episteme moderna —de la cual él aspira a diferenciarse— y por otros, parece reconocer en las investigaciones provenientes de esta postura, el umbral de una nueva configuración.

En verdad, independientemente de sus afirmaciones posteriores, la orientación general del texto permite inscribirlo dentro de la perspectiva estructuralista. Testimonio de ello es la reflexión sobre el "ser del orden" desarrollada en el prefacio. Foucault enuncia allí los principios de un análisis que responde casi exactamente al método estructuralista clásico de diferenciación y oposición. Pero, más importante aún, el autor se pregunta por la entidad misma del orden reconociendo que éste es tanto el producto de una operación precisa —grilla de percepción— como "...ce qui se donne dans les choses comme leur loi intérieure ..."18. De forma ciertamente enigmática y tratando de aunar la perspectiva metodológica y la formulación ontológica, Foucault concluye su reflexión afirmando que "... il y a de l'ordre"19. Y, a pesar de lo que en su ambigüedad pudiera sugerir esta expresión, Foucault no postula el orden como una entidad de carácter trascendental o empírico sino que le asigna una condición histórica la que, paradójicamente, relativiza su entidad.

Esto no significa, sin embargo, homologar sin más la noción de episteme que Foucault introduce allí con la de estructura cerrada. En efecto, la concepción de episteme parece estar a mitad de camino entre la noción clásica de estructura y el modelo de "estructuralidad" propio del neo-estructuralismo. Si retomamos la caracterización piagetiana de estructura —totalidad, transformación, autorregulación— la episteme foucaultiana parece responder al modelo clásico. Pero, analizada desde el

18 Foucault, Michel, *Les mots et les choses*, Paris, Gallimard, 1966, p. 11.

19 *Ibid.*, p. 12.

punto de vista de la instancia de su formación y de su falta de entidad, el modelo descrito por Foucault puede asimilarse al concepto de estructura abierta. Por otra parte, cierta indefinición entre una concepción singular y plural de la episteme atraviesa todo el texto. Ciertamente, Foucault se refiere con la misma asiduidad a “la episteme occidental” y a las sucesivas epistemes que han ido conformando y conformándose en la historia. La perspectiva teórica adoptada, no obstante, es compatible con una formulación plural y, aparentemente, no sintetizable de la episteme. De hecho, Foucault reconoce con posterioridad que “... l’absence de balisage méthodologique a pu faire croire à des analyses en termes de totalité culturelle”²⁰. Con todo, justo es reconocer las contradicciones en que, en virtud de sus supuestos y perspectiva, incurre continuamente nuestro autor: como si los principios operativos propuestos le resultaran inaplicables. Lo cierto es que en *Les mots et les choses* la noción de episteme designa la configuración de saber y pensar que —en virtud de una determinación histórica específica— constituye el perfil de una época determinada. La episteme puede ser interpretada, entonces, como un *sistema de simultaneidad*. De hecho Foucault se esmera en describir la relación entre la determinación histórica —*a priori* histórico en la terminología foucaultiana— los saberes (positividades) y el pensar, y entre los saberes entre sí recurriendo a figuras geométricas que representan el ensamble perfecto de las relaciones entre los mismos. Ejemplo de ello es el triedro que el autor utiliza para exponer los nexos que definen la configuración de cada época. En este sentido, cada episteme representa un modelo de racionalidad distinto y perfectamente explicable en función del *a priori* de configuración. En verdad, el orden sincrónico parece neutralizar absolutamente el orden temporal en beneficio de una taxonomía en la que sólo cuentan las relaciones lógicas entre los elementos. En este sentido, el eje sincrónico se convierte en una especie de ucronía, en que los elementos yacen inmutables. Las epistemes resultan, entonces, cuadros —otra expresión cara al autor— de relaciones definitivamente coaguladas desde su aparición. La inteligibilidad —aspiración máxima del método— se conquista así a costa del sacrificio del dinamismo interior de cada episteme.

Por otra parte, el método foucaultiano que torna totalmente inteligibles las relaciones que, en el interior de la episteme, mantienen los distintos saberes entre sí y respecto del *a priori* correspondiente, se declara

²⁰ Foucault, Michel, *L’archéologie du savoir*, Paris, Gallimard, 1969, p. 27.

absolutamente incapaz de explicar en el orden diacrónico, las causas de las transformaciones. Al igual que en el planteo de Lévi-Strauss, el azar y la discontinuidad reemplazan la explicación causal o teleológica de la metafísica clásica. Nada en el orden interepistémico permite explicar la aparición de un nuevo *a priori* o la desaparición del vigente. En este sentido, cada episteme representa una totalidad autorregulada e independiente tanto de la que la antecede como de la que la continúa. La configuración de la episteme no obedece, entonces, a un proceso genético sino a la súbita irrupción de una determinación histórica. Ningún principio trascendente, ningún código ulterior justifican el orden de aparición o disolución de las epistemes. En un planteo semejante la razón debe avenirse a reconocer que "... il y a pire désordre que celui de l'incongru et du rapprochement de ce qui ne convient pas; ce serait le désordre qui fait scintiller les fragments d'un grand nombre d'ordres possibles dans la dimension, sans loi ni géométrie, de l'hétéroclite; ..."21.

Ahora bien, a fuer de coherente, una vez asumida la multiplicidad y dispersión que anida en lo heteróclito, el arqueólogo debiera renunciar a toda aspiración teórica y seguir la huella de Lévi-Strauss. Sin embargo, empujado sobre todo por las objeciones del círculo epistemológico francés, Foucault intentará desplegar la única estrategia que puede salvarlo de la acusación de irracionalismo. Por ello, en *L'archéologie du savoir*, Foucault se propondrá explicar la mutación y decentramiento de la episteme por medio de una teoría de la historia. Desde una perspectiva trascendental, la vigencia del postulado de la discontinuidad—transformado ahora en principio fundamental de la teoría— constituiría el escollo más difícil de vencer. Para Foucault, en cambio, es la clave de la de-construcción. De hecho, la discontinuidad es considerada el límite de toda aspiración trascendental. En términos de Foucault, ruptura y discontinuidad suponen el fin de la apropiación trascendental de la historia22. El segundo capítulo del texto está destinado a explicitar el doble trabajo de de-construcción de las categorías de la filosofía trascendental y constitución de los principios arqueológicos. La liberación, sin embargo, tiene su precio. En efecto, la impugnación de la conciencia constituyente convierte a tiempo e historia en instancias exteriores y de misteriosa proveniencia. Por otra parte, la persistencia del postulado de discontinuidad, no permite salir del eje sincrónico. Las leyes que

21 Foucault, M., *Les mots et les choses*, p. 9.

22 Foucault, M., *L'archéologie ...*, p. 264-65.

Foucault enuncia con la finalidad de describir la formación de los objetos, las modalidades enunciativas, los conceptos y las estrategias teóricas no son sino reglas de justificación del orden de la simultaneidad. De allí que la pretendida teoría de la historia desemboque en una suerte de presentismo extremo que, a lo sumo, se convierte en clave de indagación retrospectiva. Foucault tiene conciencia de los límites epistemológicos de su postura y por ello se atreve a reconocer que “Il pourrait se révéler finalement que l'archéologie, c'est le nom donné à une certaine part de la conjoncture théorique qui est celle d'aujourd'hui”²³. De hecho, con cierto dejo de pesimismo teórico —o quizás como síntoma de coherencia— admite aún la consecuencia máxima de su postura al aceptar expresamente que su discurso se diluya como “... la figure qui a pu le porter jusqu'ici”²⁴. Al reconocimiento y justificación del presentismo que se deduce de aquí está destinada la conclusión del texto. Sin embargo, más que a fundamentar, Foucault se dedica allí a sintetizar, en tono polémico, sus postulados. En ese sentido, y a modo de ejemplificación del carácter efímero que Foucault, y me atrevería a afirmar, la posmodernidad toda asigna a las teorías quisiera terminar con una cita que resume su posición: “Eh quoi, tant de mots entassés, tant de marques déposées sur tant de papier et offertes à innombrables regards, un zèle si grand pour les maintenir au-delà du geste qui les articule, une piété si profonde attachée à les conserver et les inscrire dans la mémoire des hommes —tout cela pour qu'il ne reste rien de cette pauvre main qui les a tracées, de cette inquiétude qui cherchait à s'apaiser en elles, et de cette vie achevée qui n'a plus qu'elles désormais pour survivre? Le discours, en sa détermination la plus profonde, ne serait pas 'trace'? Et son murmure ne serait pas le lieu des immortalités sans substance? Il faudrait admettre que le temps du discours n'est pas le temps de la conscience porté aux dimensions de l'histoire, ou le temps de l'histoire présent dans la forme de la conscience? Il faudrait que je suppose que dans mon discours il n'y va pas de ma survie? Et qu'en parlant je ne conjure pas ma mort, mais que je l'établis; ou plutôt que j'abolis toute intériorité en ce dehors qui est si indifférent à ma vie, et si neutre, qu'il ne fait point de différence entre ma vie et ma mort?”²⁵

²³ *Op. cit.*, p. 271.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Op. cit.*, p. 274.

La tarea a desarrollar, entonces, es convertir esta suerte de “expresión de deseos” en fundamentación epistemológica que dote al pensar neoestructuralista de un nuevo rigor.